

que obedecer. ¿Qué fue? Tal vez este muchacho pueda explicarlo mejor que yo. Su voz no fue agresiva, sus palabras tampoco; repito que no vi en el primer momento ningún arma, pero hubo en él una firmeza y una decisión que comprendí que no podían ser modificadas de momento, aunque yo ignoraba, desde luego, lo qué podía haber detrás de aquella curva que estaba tomando. Todavía no comprendo cómo un hombre solo, estando yo prácticamente rodeado de unas cincuenta personas pudo llevarme con él, paralizando a todos los presentes.

Yo me volví y le dirigí a mi compañero Uziel un gesto de profunda simpatía y admiración. Sabía que había alterado todos los planes. El fin era esperar que Fangio saliese y entonces interceptarlo en la calle como ya se había intentado la noche anterior. Y entonces Uziel hizo esa cosa dramáticamente sencilla de, alterando todos los planes, ejecutar él solo todos los planes. Recordé una biografía que había leído de Nelson, sus planes de batalla comprendidos en una sola frase. A aquello se llamaba "El toque de Nelson". Eso había hecho Uziel: "El toque de Uziel".

Cuando hablé con mi compañero no pude arrancarle nada: "Simplemente lo tomé de un brazo y me lo llevé."

Después del secuestro, hubo un momento de peligro. En la primera máquina, abriendo la marcha, salieron Lucero y "Sarita". La máquina era conocida en el Movimiento como "El Monje Negro". Seguidamente, en otro carro, Uziel; el chofer, Primitivo Aguilera ("el Pibe"); Reinaldo Rodríguez ("Papito"), tan buscado por la policía como el propio Lucero. En esta máquina iba conducido Fangio. Era un Plymouth verde del 55. En la tercera máquina, un Buick gris del 53, iba como chofer Carlos García ("Carapálida"); a su lado, Angel Luis Guíu. Detrás Payá ("Lilo") y Manolo Núñez.

El momento de peligro se presentó cuando ya habían caminado las máquinas unas diez cuadras. Al pasar por una piquera uno de los autos parqueados salió de pronto y el último carro lo chocó en el mismo instante en que cruzaba una Perseguidora. "Carapálida" se bajó intentando convencer al del auto chocado. Los de la perseguidora se pajaron a su vez, exigiendo que el asunto fuera llevado a la Estación de Policía. En el primer instante de confusión sus tres compañeros, armados con ametralladoras de mano, ya habían saltado de la máquina y marchaban hacia la esquina. Uno de los policías exigió que volvieran, pero él insistió en hacerse responsable de todo. Su situación era desesperada porque estaba fichado en la policía como terrorista y, además, esperaba de un momento a otro encontrarse entre dos fuegos. Ya en la Estación, cuando todo estaba "arreglado", el teniente de guardia le dijo a uno de los vigilantes: "Antes de que se marchen registren los carros a ver si encuentran algo". Fue el momento más duro, ya que "Carapálida" ignoraba si algún arma había quedado en el piso de la máquina. Su pistola la llevaba aún encima, pero no había sido registrado. Al fin, el policía registrador informó que todo estaba bien y Carlos se vio libre, no sin antes ofrecer el pago de todos los daños.

Los otros tres compañeros ya habían sido recogidos por "el Monje Negro", de Lucero; y Uziel había continuado hacia su propia casa

con Fangio. Su primer ciudadano fue darle confianza y seguridad al corredor argentino. Le presentó a su esposa y le mostró a su hijo de meses diciéndole: "Comprenda, Fangio, estamos dando una batalla por nuestra dignidad de hombres libres."

De allí salió Uziel casi inmediatamente hacia la casa de 22 número 60, en el Vedado, un cuartel del Movimiento (que en sí misma tiene toda una historia). En la nueva parada le fue presentado el ingeniero Ramón García ("Ramonín"), destrozado por las torturas de Ventura y víctima de uno de los accidentes terribles de nuestra lucha. Aquel muchacho era él mismo una llaga y Fangio quedó evidentemente conmovido.

Yo conocía muy bien el suceso de "Ramonín" que dejó en mí ser huellas que no se borrarán nunca. A los ingenieros Ramón García y Federico Bell Lloch ("Fico") y a los hermanos Samitier los había conducido yo hasta una finca en la carretera de Managua, de un amigo de mi padre, Prisco Odio. Ibamos a probar unos "lanzallamas" que "Fico" y "Ramonín" habían inventado y que se habían fabricado en los talleres Samitier. En la Sierra Maestra se estaban lanzando bombas de napalm contra la población campesina indefensa. De alguna forma había que replicar a aquel crimen. La prueba del primer "lanzallamas" resultó para nosotros una dolorosa tragedia. Al primer terrible disparo, 100 metros de maleza ardieron, pero enseguida el tubo de alimentación se soltó y Samitier y "Ramonín" quedaron envueltos en fuego ante nuestros ojos. El mayor de los Samitier —en sus veinte años— que en aquellas condiciones terribles, aún ardiendo, dio muestras de un valor y serenidad imposibles de sospechar en un ser humano, murió tres días después. "Ramonín" se salvó. Rafael Piniella se lanzó sobre él, que rodaba entre la yerba, tratando de apagarle, y, con su cuerpo pudo extinguir las llamas. Bell Lloch, que hizo lo mismo con Samitier, tuvo menos suerte. Tuvimos que caminar más de un kilómetro a través de la finca llena de zarzas y piedras. Yo me había sacado los zapatos de tacones para poder ir más aprisa y "Ramonín", casi desnudo, con todo su cuerpo hecho una llaga espantosa, aún podía cuidarme: "Emmita, te estás destrozando los pies." ¿Qué hombres dio nuestra revolución!

No fue de extrañar que Juan Manuel Fangio quedase amigo nuestro para siempre. Ahora se trataba de trasladarlo de nuevo. Una de las prácticas de la vida clandestina, para evitar la localización, era cambiar tanto de casa como de vehículo. En otra máquina, ya en contacto con Faustino Pérez y Oscar Lucero, el corredor argentino fue trasladado a la "Casa de las Norteñas", donde debería quedar definitivamente veintiséis horas, hasta su entrega. En aquella casa dormí solo en una habitación. Afuera, en la puerta, quedó de guardia Uziel y en los bajos "William". Al día siguiente se le sirvió el desayuno en la cama y se realizó con él una intensa labor de esclarecimiento sobre los fines y contenido del Movimiento 26 de Julio. Por la mañana se turnaron Faustino y Arnold García. Por la tarde, los sustituyó Marcelo Salado, que, entre otras cosas, le estuvo leyendo la sección "En Cuba", de BOHEMIA... ¿Recuerda, Fangio, a aquel muchacho rubio que pasó la tarde con usted? Era Marcelo Salado. ¿Lo recuerda?... Fue ame-

trallado con las manos en alto al reconocerlo la policía en la esquina de las calles G y 25, el día 9 de abril. No fue detenido ni juzgado. Decenas de impotentes testigos lo vieron doblarse ante las ráfagas de las ametralladoras de los patibularios agentes de Fulgencio Batista, y vieron cómo su generoso sangre regó la tierra de esta Cuba que él quería tanto. Aquel mismo día su esposa tuvo una niña. Forzosamente la muerte de su padre tiene que crearle otro destino...

Durante aquellas conversaciones la actitud de Fangio, a fuerza de ser discreta, lucía fría. Era una de nuestras interrogantes: "¿Cuál sería la reacción de Fangio una vez libertado?" Cuando Marcelo le hablaba de nuestros mártires torturados y él trataba de comprender y creer tanto salvajismo, yo le pregunté:

—¿Qué, Fangio, ya es usted fidelista?

Me miró con seriedad y dijo sin que sus palabras fueran apoyadas por ningún gesto cordial: "Ya comprendo."

Para romper un poco el aparente hielo, le pregunté por su esposa. Fue entonces que me dio su primera sonrisa:

—No está en La Habana, y alégrese; si estuviera aquí ya me habría encontrado donde quiera que ustedes me hubieran escondido.

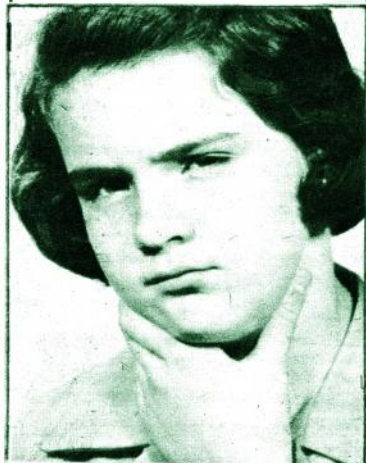
De pronto irrumpió Rafael Piniella con la noticia del desastre de las carreras. En el primer instante Fangio expresó que aquello podía deberse a su secuestro que habría puesto nerviosos a los volantes. Después se tranquilizó cuando supo que la causa de la tragedia había sido el aceite regado en la pista que hizo al carro de un driver cubano desviarse hacia los espectadores, ocasionando cinco muertos. También hizo un comentario cuando Piniella le dijo que Moss se había resistido a correr porque él no podía participar:

Sabía que no me fallaría.

Por la seguridad del propio Fangio no se pensó ni por un momento en mantener la expectativa que su secuestro había producido mundialmente. La demora del último momento se debió sólo al estudio de la forma de entregarlo. Dejarlo en una esquina cualquiera era lo aconsejado por nuestra seguridad. Se rechazó la idea, temiendo una acción criminosas de los agentes de la dictadura que podían dañarlo en un intento de desacreditar nuestra acción. ¿Una iglesia? Por la premura no se encontró un sacerdote propicio. El Hotel Lincoln, la Embajada Argentina y el Consulado estaban vigilados. Se había encargado la gestión al periodista Carlos Lechuga, miembro de la Resistencia Cívica, que en última instancia, decidió ponerse en contacto con el Embajador argentino para que él señalase el lugar oportuno. Mientras tanto, ya Faustino me había ordenado que llamase a Giambertone, apoderado de Fangio y le diera seguridades sobre su persona, asegurándole que el volante sería entregado aquella misma noche. El cable estaba funcionando y la opinión mundial comenzaba a inquietarse. Llegó la dramática apelación de los ancianos padres del driver desde la Argentina. Todo aquello, por otro lado, estaba afectando ya los nervios de acero de Fangio y recuerdo que la compañera Bertha Cuervo, Flavia, militante del 26 en Oriente y después en La Habana, trataba en vano de entretener al campeón

TOKISAN

elimina la molestia de los "toques"



● TOKISAN se aplica fácilmente y no provoca tos, náuseas, vómitos ni molestias de ninguna clase.

● TOKISAN se espansa más ampliamente, pues llega a la garganta en forma de atomización.

● TOKISAN destruye instantáneamente los focos infecciosos disminuyendo la fiebre y la tos, quitando el dolor y produciendo un bienestar general al momento de aplicarse.

cantándole el himno del 26 de Julio.

Por fin llegó la noticia de la Embajada. Fangio debía ser conducido a la casa de Mario Zabala, agregado militar, en la calle 12 número 20, esquina a Malecón. Era la culminación de nuestros trabajos. Estábamos en la noche del 24 de febrero y en Radio Centro se estrenaba Cinerama en cuyo sabotaje debía intervenir yo con otros jóvenes. En el último momento, Faustino me prohibió participar en aquella acción. Para mí era mortificante porque tendría que sufrir las críticas de mis compañeras comprometidas. Nunca se me ocurrió pensar que sería una de las seleccionadas para hacer entrega del volante argentino.

Ya cerca de las doce de la noche, recibí la orden de llevar al As Fangio en el asiento de atrás entre "Fernando" y "Flavia". Piniella en el timón y yo a su lado. Ibamos en mi máquina, un Rambler 58 —"la Gorriona"— con persianas en el cristal posterior. El más nervioso de nosotros era "Fernando", por tener la responsabilidad de la entrega. En el camino él apremiaba a Piniella tratando de indicarle por dónde debía tomar. "Cálmate, si nos cae atrás una perseguidora le damos el timón a Fangio y no hay quien nos alcance". Fangio, participó en la broma, haciendo el elogio de Piniella como timón, lo que fue sin duda una bondadosa exageración.

El momento culminante fue la llegada a la casa, después de ha-